

Cardenal Ratzinger cuál era, a su juicio, el remedio de tantas crisis, éste respondió que la solución más eficaz era recurrir precisamente a una mujer: María, la Madre de Dios.

La Santísima Virgen es la mujer que aparece aplastando a la serpiente maligna. Por eso que estas últimas palabras sean de invocación a Ella, para que nos ayude a todos a restaurar la Ciudad de Dios con el mismo espíritu que lo hicieron Santa Juana de Arco y el rey San Fernando.

Muchas gracias.

## DISCURSO DE AGUSTIN LOSADA PESCADOR

Queridos amigos de la Ciudad Católica:

Un año más nos reunimos en este día para celebrar el aniversario de nuestro patrón, en esta cena fraternal. Y queremos pedir a Dios Nuestro Señor, por intercesión de San Fernando, todo aquello que necesita la Iglesia, nuestra Madre y España, nuestra Patria.

Queremos lo mejor para la Iglesia, porque, como dice el Concilio Vaticano II, «la Iglesia va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la cruz del Señor hasta que venga. Está fortalecida, con la virtud del Señor resucitado, para triunfar con paciencia y caridad de sus aflicciones y dificultades, tanto internas como externas, y revelar al mundo fielmente su misterio, aunque sea entre penumbras, hasta que se manifieste en todo el esplendor al final de los tiempos» (L. G., 8).

Y lo mejor para España, nuestra Patria, porque, como nos dijo el Papa Juan Pablo II en 1982: «Con mi viaje a España he querido despertar en vosotros el recuerdo de vuestro pasado cristiano y de los grandes momentos de vuestra historia religiosa. Esa historia por la que la Iglesia os debía un testimonio de gratitud. ¡Gracias, España; gracias, Iglesia de España! Gracias a tu fidelidad al Evangelio la porción más numerosa de la Iglesia de Cristo habla hoy y reza a Dios en español».

De aquella Andalucía que el rey Santo quiso conquistar para Dios han surgido en nuestros días los hombres que ocupan la cúspide del Estado. Pero si San Fernando levantara la cabeza, Dios, con qué gallardía no se lanzaría de nuevo a conquistar Andalucía y España entera, para demostrar con su ejemplo que la vocación al Reino de Dios no es una vocación al poder, sino al servicio.

Pero estamos un poco cansados de oír siempre lo mismo y de decir siempre las mismas cosas. Cierito que «Speiro» representa un círculo de minoría selecta, y que la minoría hace la historia del mundo. Pero a mí, particularmente, me asusta ser minoría. Y me asusta por dos razones: Primera, porque la minoría debe ser selecta, pero no tan minoritaria. Y, segunda, y fundamental, porque somos la sal de la tierra, que un poquito basta para dar sabor a todo el guiso. Pero, «si la sal se vuelve sosa...» (resuenan graves las palabras en el Evangelio de San Mateo): «¿con qué la salarán? Para nada sirve ya, sino para que la tiren y la pisen los hombres» (Mt. 5, 13).

Juan Pablo II nos lo dijo en su primer viaje: «Si queréis ser fieles a esa dignidad, no es suficiente acoger pasivamente las riquezas de fe que os han legado vuestra tradición y vuestra cultura. Se os confía un tesoro, se os otorgan talentos que han de ser asumidos con responsabilidad para que fructifiquen en abundancia».

¡Y he aquí nuestra responsabilidad, queridos amigos! Porque «al que mucho se le dio, mucho se le exigirá». No nos podemos conformar con una actitud pasiva. Y llamo actitud pasiva a una actitud de resistencia, de simple defensa frente a los ataques de un mundo antiteo. De cualquier forma, ya sabemos, porque el mismo Cristo nos lo dijo, que «los hijos de las tinieblas son más astutos que los hijos de la luz». Pero ya va siendo hora de que los católicos nos hagamos conscientes de nuestra responsabilidad, no sólo en el plano espiritual, sino también en el temporal.

Está claro, y ya lo dijo Perogrullo, que debió ser un gran sabio, que si toda la población de un país fuese católica, y actuase como tal, el país sería católico. Y no harían falta leyes que lo dijieran, porque sería algo tan evidente, que sobrarían las palabras.

¿Y qué pasa con nuestra Patria? ¿Por qué una nación mayoritariamente creyente soporta un gobierno antiteo?

Hace casi nueve siglos, el juglar de Medinaceli hacía decir a las buenas gentes que contemplaban el destierro del Cid: «¡Dios, que buen vasallo, si oviessse buen señore!». Y la misma frase han podido decir los pueblos extraños de los españoles a lo largo de toda su historia, salvo honrosas excepciones. Yo me pregunto, si el juglar volviese a escribir hoy su poema, ¿volvería a escribir su célebre frase? ¿O, acaso, ya los vasallos ya no serían tan buenos aunque «oviessse buen señore?».

Queridos amigos: la situación es apremiante. Ya estamos en el punto en el que no podemos seguir indiferentes: O con Cristo o contra El. Y si estamos con El, ¿quién peleará contra nosotros?

Hemos de reconocer que nuestro pueblo se ha vuelto insensible a los estímulos. ¿Cómo, si no, se puede entender que el Papa esté repitiendo machaconamente, semana tras semana, en el tema de la responsabilidad social y política de los laicos, y que los laicos no se den por aludidos? Porque si hubiese sido un solo discurso, podríamos decir que era una idea suelta, sin contenido, una feliz ocurrencia del Papa, pero sin mayor importancia. Mas si insiste en el tema una y otra vez, aclarándolo, especificándolo, reconociendo los peligros, explicando los beneficios y, sobre todo, cuando se enmarca todo en una línea de acción pastoral de la Iglesia, iniciada oficialmente con el concilio de nuestro siglo, comparable en importancia con el de Trento, y continuada recientemente con el documento Responsabilidad de los católicos en la vida pública de nuestra Conferencia Episcopal, entonces es que al Papa le interesa que los católicos tomemos conciencia de que debemos participar en la vida pública.

No voy a comentar nada del Concilio Vaticano II, hartamente conocido ya para nosotros, porque sería insistir excesivamente en algo muy conocido. Quisiera, eso sí, analizar algún detalle del documento de la Conferencia Episcopal, debido a su reciente publicación y a su rabiosa actualidad.

En dicho documento, nuestros obispos, tras hacer un análisis muy acertado de la realidad política y social de nuestra Patria, dicen, en su punto 47: «... Gran parte de los cristianos reduce lo religioso al ámbito estricto del culto y de la vida privada; con ello desconocen, al menos implícitamente, la vinculación de vastos campos de la vida humana al Creador y a Cristo. Aunque la presencia y acción de Cristo esté oculto y sea negada y combatida en el mundo que llamamos "profano" no deja de pertenecer éste a la creación y, por consiguiente, de estar referido a El, como su Señor y Salvador». Más adelante, añaden: «este señorío

de Cristo en el mundo y en la historia, en el ámbito privado y público de la vida del hombre, no significa una subordinación del mundo "profano" a la Iglesia.... Nada menos parecido a una teocracia que el ejercicio de la realeza de Jesucristo, que se lleva a cabo en lo oculto, en el servicio y en la libertad bajo el Espíritu de Dios, bajo el signo de la Cruz, con paciencia y esperanza» (núm. 49).

A continuación, van señalando una serie de orientaciones sobre la actividad asociada de los católicos en los campos de educación y cultura, familia, actividades profesionales y, en concreto, de la política.

Referente a esto último, dicen nuestros obispos: «Es preciso fomentar expresamente la adecuada formación de los católicos en conformidad con la doctrina social y moral de la Iglesia.... No valen viejos moldes. Hay que arrancar de la situación actual contando con una visión renovada de la Iglesia, de la sociedad y de las relaciones entre ambas. Se necesitan, por ello, instituciones donde los cristianos, adultos y jóvenes, puedan descubrir la nobleza de la vocación política....» (números 169y 170).

A esta ingente tarea nos llaman nuestros obispos, nuestro Papa y el mismo Cristo: «La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies, que mande operarios a su mies» (Lc. 10, 2).

Y todos los amigos de Speiro y de la Ciudad Católica estamos llamados a dar testimonio, por nuestra fe en Cristo, de nuestra vocación política. Es lo que repetimos hasta la saciedad en todas nuestras intervenciones: Formación para la Acción.

Hoy, más que nunca, la Iglesia nos pide que hagamos presente a Cristo, también en la vida pública, pues ahí también tiene que reinar, convencidos de que «los hombres batallarán y Dios dará la victoria».

Muchas gracias.

## DISCURSO DE MIGUEL ANGEL LOPEZ ZAVALETA

Queridos amigos de la Ciudad Católica, presentes y los ausentes en el tiempo y espacio. Ausentes en el tiempo, porque nos han precedido en el paso a la Eternidad, como han sido don Eugenio Vegas, del que aprendí sabios consejos, guiado por don Gabriel Alférez, don Julio Garrido, don Jerónimo Cerdá, don Ramón Plata, don Carlos Sacheri y tantos otros que han colaborado en la construcción de la Ciudad Católica; y en el espacio aquellos que están lejos hoy de nosotros.

Fue para mí un gran reto el saber que tendría el honor de departir con vosotros esta grata velada. Que ha comenzado con el Santo Sacrificio Eucarístico, luego hemos compartido la cena, y ahora estamos finalizando con los discursos brillantes de estos jóvenes españoles, que nos demuestra que la mecha no sólo humea, sino que está plenamente encendida.

Ahora me toca a mí el turno; desde luego quiero confesaros que, después del vigésimoquinto aniversario que habéis celebrado de la festividad de nuestro Santo Patrón, no es nada fácil añadir algo nuevo y, sobre todo, ante tan selecto auditorio.

Aceptando la invitación de don Juan, vamos a recordar algunos de los pasajes más sobresalientes de la vida de San Fernando III, porque si bien es del siglo XIII, también lo es de hoy, de mañana y de siempre.